

La caída eterna

■ ■ Gabriel Regalado Montalvo*

Rebeca se detuvo unos pasos antes de llegar a casa; un sentimiento inquietantemente triste la debilitó. No supo determinar bien que era, pero aquella casa de dos pisos edificada de manera espléndida y cuidadosamente planificada entre los enormes ventanales y el balcón soñado en perfecto estado, no era lo mismo de siempre, todo estaba en su lugar, pero a la vez, en el lugar equivocado. No hizo mucho esfuerzo para recordar, tan sólo un día antes la casa aún conservaba su color característico y vivaz, un color que Lucas, su único hijo cerca de cumplir sus diez años, eligió después de una gran examinación de colores y acertadas sugerencias de un pintor experimentado.

No acostumbraba a persignarse al entrar, más bien al salir; sin embargo, esa fuerza extraña y hasta dolorosa, la obligó. Cuando al fin consiguió abrir esa espantosa puerta, notó enseguida la primera mancha de sangre en el suelo de cerámica que ahora parecía tan pálida, y desde ese momento su mirada no se apartó del recorrido que estas hacían. Un recorrido que más que inquietante, la iba desmoronando por completo; como arrancando pedazos de su cuerpo que se unían a las paredes para aplacar ese derrumbe que la amenazaba. Aquella morada se inundaba de manchas granates ensordecedoras, transformándose en un mar absorbente y peligroso que no tiene compasión de nadie. Hasta que aquel recorrido paró justo delante de la puerta de la habitación menos indicada de toda la casa. Es el fin. No recuerda si llegó a abrirla o simplemente se desvaneció para dar camino a una escena donde su mandíbula estuvo a punto de dislocarse, junto a sus manos llorando de dolor envuelta por cientos de escalofríos cegadores, implacables, mortales. Paralizada, como conteniendo

un tormento inaudito y avasallador. Convirtiéndose en más angustia, para finalmente expulsar ese exaltante grito que se encontraba ahogado mientras en sus brazos su pequeño hijo ya no reaccionaba.

No soltó sus dedos frágiles por ningún motivo y los mantuvo entre sus manos como si acabara de nacer. El médico de turno tan solo le confirmó la pena máxima: no volvería a escuchar su voz ni volvería a besar su frente por las noches antes de dormir. ¿Este hospital tiene salida?, se preguntó. Se volvió llanto. Cenizas. Una sola gota infinita.

De repente, similar a un conjunto de aves destrozándole la piel recordó esa frase rota de la boca de su pequeño que le reventó el alma: “Creo que Dios se ha olvidado de mí”. ¿Cómo dices eso? mi vida, Él jamás te dejaría solo. Ya debes descansar, mañana hay escuela. Reza, y reza mucho. Te amo infinitamente.

Pronto llegó a sus oídos el informe de la autopsia como una daga de metal ardiendo con la energía de una estampida envuelta en llamas. Se le detectó una despiadada enfermedad rondando por su cuerpo recientemente contraída. A Lucas, a pocos meses de cumplir los diez años. Lucas Mateo Torres Peroni, llegó al mundo un 18 de marzo. Mamá lo tuvo en sus brazos por treinta largos minutos, lo amó desde el primer instante, desde los primeros segundos que conectaron pieles sabía que veía el universo entero en él. Bebé prematuro, llanto retardado, dos kilos setecientos gramos, sin mayores complicaciones respiratorias, tan pequeño y frágil como el corazón de su madre en aquellos precisos instantes.

Han pasado casi dos años desde la muerte de Lucas; Rebeca deambula y respira con dificultad, las migrañas latentes rara vez la dejan dormir. Una de esas noches, en su cabeza se formaba una explosión caótica insoportable, las extremidades no le respondían más. Sólo recuerda que todo su cuerpo temblaba y de repente en un momento de lucidez halló fuerzas para marcarle a su hermana más cercana, hasta que

* (Chiclayo, Perú, 2001). Es escritor, poeta, columnista de la revista digital *Kametsa*, integrante del Movimiento Cultural Internacional ERGO, y redactor principal de la página de noticias RSRD News. Egresado de la carrera de Administración de Negocios Internacionales. Tiene a su nombre una plaquette de poesía titulada “La teoría del final”, publicada en el mes de septiembre de 2022, y diversas publicaciones en distintas revistas literarias digitales.

completamente la vista y la conciencia se le nubló. Al despertar se encontraba en una clínica local y reconocida a unas cuadras de su hogar, como si de una pesadilla se tratase, se levantó bruscamente y su hermana consiguió calmarla enseguida; le dio un poco de agua, sobó delicadamente su espalda, y le explicó con brevedad como había llegado allí, donde todo emanaba el mismo hedor del hospital donde vio por última vez a Lucas.

Debía quedarse una noche más por su seguridad, hasta que se encuentre totalmente estable, le comunicó el médico asignado. Todo parecía ir más lento ahora. Recostada en esa cama fue presa del frío y los recuerdos, sintiendo la palma cálida de su pequeño moviéndose entre sus dedos, viniéndola a ver porque no lograba dormir. Una parte de ella se fue esa noche, una gran parte de ella, la parte del amor y la esperanza. En Lucas existía algo mágico, algo especial, lo que sucedía a través de él nunca podía ser negativo, tampoco doloroso, mucho menos dañino. La casa era feliz por él, tenía vida por él, existía por él, un ser supremo que no se daba cuenta de su inmenso poder. El primer llanto entre esas paredes, su primera risa, sus primeros porqués, sus primeros te amo mamá, sus primeras rabietas, sus primeros sustos, su primera decepción, su primer juguete roto, su primer adiós, la primera vez que recostó su cabeza en su pecho. Su mente vuelve al hospital, y ahora siente un hueco enorme donde debería ir un cráneo de cabellos castaños y ondulados picándole la nariz. ¿Por qué morimos, mamá? Porque todo tiene un final, mi amor, por eso existen los principios. Ahora estamos en el principio, así que no te preocupes por el final.

Rebeca siente por su mejilla un ardor líquido cayendo despacio hasta su boca. El ambiente clínico de su habitación hace que nuevamente le caiga el peso de la ausencia. Le aterra estar olvidando su voz, entonces repite cada sílaba que expulsó desde que aprendió a hablar. Televisión. Sofá. Comedor. La comida más deliciosa del mundo. Recoger la mesa. Ayudar a mamá. Lucas, deja hablar en voz alta mientras haces tus cosas, el silencio hace que te concentres mejor. Sé silencio, y no ruido.

Empieza a notar una pequeña revolución en su zona baja, sabe que tomar dos botellas enteras de agua no fue la mejor idea y ya es imposible contener sus ganas de ir al baño. Durante todas las horas que ha residido, no ha tocado el suelo estando de

pie. Es extraño hacer el intento de caminar luego de haber estado horas inconsciente y desparramada en su camilla. Lucas siempre creía que caminando extremadamente lento su mamá no oiría que estaba hurgando en la cocina a altas horas de la noche. Ahora era Rebeca quien, al darse cuenta que su hermana estaba sumergida en un profundo sueño, no le había comunicado que detrás de esa cortina blanca que partía la habitación se hallaba otro paciente con otras dolencias descansando con suma tranquilidad. Pocas veces ha visto dormir a un ser humano en una posición tan recta estando boca arriba, la mandíbula elevada, las manos pegadas a la cadera, los codos punzando sus costillas, los tobillos rosándose, los dedos de los pies apuntando al techo. Tan breve y tan determinante examinación. Hasta que el cuerpo se le heló por completo y las pupilas se le dilataron hasta llenarse de negro, totalmente de negro.

El día que fue buscando consuelo y un hogar en el que pueda ser escuchada, fue a parar directo a la enorme puerta de la iglesia local y le informaron con un desbordante nerviosismo que el sacerdote de último momento había tenido que salir del país a una conferencia eclesiológica internacional que se realizaba todos los años en Santiago de Chile, aunque ahora la fecha habitual había sido reemplazaba por una más cercana. Ella solo deseaba hablar con él, reconstruir los hechos, saber en qué momento falló, en qué momento ignoró que su hijo estaba en peligro. Pudo ser en cualquier sitio en el que pensó que se encontraba a salvo. La casa de su mejor amigo, las aulas de su institución escolar, las áreas deportivas a las que asistía. El niño que creció en su interior, era ella misma en otra versión, y sabía que era un ser ejemplar, sin distracciones juveniles, sin rebeldías aparentes. En el día a día sus tres lugares habituales eran nada más que su vivienda, la escuela y la iglesia. La iglesia, la escuela y su vivienda.

Ella necesitaba escuchar las palabras salvadoras del padre Enrique, el sacerdote de su iglesia, el que apoya a los catequistas en las clases a los niños interesados en la comunión, el que impartía casi todas las misas pactadas en un día. Quería escuchar de su voz esas palabras serenas para hallar una respuesta: ¿dónde estaba Dios en todo esto? ¿A dónde había ido su hijo estaba en paz? ¿Qué está pasando? ¿Por qué la iglesia jamás dijo sobre el abrupto viaje del padre? ¿Por qué parecía

que ella era la primera persona en saberlo? Dos días más tarde, encontró la carta, la carta en el dormitorio de Lucas, escrita con un lápiz desgastado, llena de te amo, de lo siento y de dolor, de mucho dolor.

No quiero dejarte sola mamá, eres mi mundo, me haces feliz, soy feliz contigo, mamita, mamita hermosa. Hay ruido dentro de mí, en mi cabeza, en mi cuerpo y no sé cómo apagarlo, como detenerlo, estoy asustado. Quisiera ir a tu cuarto y que todo acabe, pero no acaba, creo que nunca acabará. Veo una sombra que me persigue, me habla, no la entiendo, me ve a través de mi puerta, y se esconde entre las cortinas, siento que un día me atrapará, yo lo sé, me lo ha susurrado al oído. El padre Enrique dijo que estaría bien, pero no está bien, no me siento bien, tengo miedo. El padre Enrique tiene un cuarto grande, no tiene ninguna ventana, tiene un armario viejo y empolvado, tiene a Jesús colgado en su pared como en el tuyo, pero su cuarto no es como el tuyo, mamá. Ya no me gusta su cuarto, dice que debo ir, que es una orden y no puedo desobedecerlo, que me castigará, que Dios me observa y que soy un niño malo. Te juro que no soy un niño malo. Quiero abrazarte, que me abrases tú, amo tus brazos, mamá y te amo a ti.

Era él, le tomó unos simples minutos de examinación, hasta darse cuenta de su identidad. No le importó en lo más mínimo que tal macabro descubrimiento le haya costado un aparatoso desmayo que despertó a su hermana menor, que intentó con todos sus esfuerzos levantarla ilesa del suelo. Entonces amaneció, Rebeca recordaba poco o nada del hecho que se haya descompensado horas atrás, solo una cosa se había quedado con ella, el maldito rostro del padre Enrique.

Cuando la noche cayó, ella esperó ansiosa que esa noche la atrapara, que esa noche la envolviera,

dejó que viniera por ella, como si de esperar a Dios se tratara. Y vaya que esperó a Dios y a esa luz celestial que en mitad de la madrugada la iluminó de la cabeza a los pies.

En la autopsia de Lucas hubo una putrefacta oración que habitó la mente de su madre llegando a estos momentos: *Enfermedad de transmisión sexual recientemente contraída*. Cuando ya nada era un secreto, el cuerpo policial y la iglesia dieron el mismo resultado, el silencio, la indiferencia, y el olvido; en ese mismo orden.

Lo último que vio el padre Enrique mientras se deshacía de su pesado sueño, fue su sonda de alimentación nasogástrica envolviéndose minuciosamente por su cuello, poco a poco apretando con fuerza su propia manzana de Adán, asfixiándolo sin poder modular palabras, sin poder relevar a la autora de su pronto deceso. De un golpe seco sepulcral la cabeza maligna dejó de dar movimientos desesperados y estuvo por unos segundos más, pegada a la camilla como si de un descanso habitual se tratara. Las venas del cuello se tornaron violetas, un violeta que aumentaba subiendo hasta su barbilla mientras se iba marcando la sonda hasta formar parte de su piel. Su asqueroso cuerpo por fin ha dejado de moverse. Lo último que alcanzó a escuchar, fue aquella voz de una de las fieles devotas de su iglesia, proclamando: *Hermanos, ahora nos podemos ir en paz*. El chirrido de la puerta comenzó a sonar y la profesional de bata blanca entró, para encontrarse con el fin.

Lucas Mateo Torres Peroni, nueve años, nueve meses y nueve días de vida, un metro cuarenta y cinco de estatura, treinta y ocho kilos de peso, ojos café, pestañas largas, cejas gruesas. Encontrado sin vida en su habitación sobre un charco de sangre brotando de sus brazos descubiertos, dentro de esa casa de dos pisos edificada de manera espléndida y cuidadosamente planificada.